

LETRAS

letrillas

LETRONES

PUNTO DE FUGA

La lira de Lara

Lira, fig. Instrumento que por ficción poética se supone que hace sonar el poeta lírico al entonar sus cantos; numen o inspiración de un poeta

— DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, tomo II

Antaño me acostaba temprano y me levantaba tarde. Pero una mañana, más bien una madrugada, oí cantar una canción:

Oiga usted como suena la clave,
oiga usted como suena el bongó.

Fue el despertar más alegre de mi niñez, casi de un Día de Reyes pero con música. Según seguía la canción

diga usted si las maracas tienen
el ritmo que nos mueve el corazón,

más cubana me parecía y había palabras que sabía lo que querían decir: clave,

bongó, maracas. Fue años más tarde que leí que la tonada se llamaba “La cumbancha”, palabra cubana parienta de rumbantela y recholate. Mucho más tarde supe que su compositor era Agustín Lara, mexicano —y me encontré con su apasionado mimetismo. Luego, cuando se la oí cantar al propio Lara, tenía un dejo que no era cubano y la clasificación de bolero le venía mejor que la de rumba. Pero seguía convencido de que su arte era mimético, no sólo en sus boleros (más, más tarde) sino hasta en sus valsos (“María Bonita” es el mejor ejemplo) y hasta en sus chotis (como “Madrid”, que de su pureza genérica ha pasado a ser el himno de una ciudad que lleva el subtítulo “del oso y el madroño”), así como en sus tangos (como “Arráncame la vida”), y no todo era mimetismo sino genuino eclecticismo. Se habla mucho de diversidad, pero casi no se habla de la adversidad, de la que tuvo no poca en su vida.

Nacido en Veracruz —a la que ha cantado innumerables veces— en 1900 y

muerto en la ciudad de México en 1970: una larga vida para quien estuvo al borde de la muerte de tuberculosis —y una cicatriz en su cara magra era testigo de otros riesgos mortales. El llamado “músico poeta mexicano” comenzó efectivamente aspirando a la inspiración poética. “A los trece años participó con dos sonetos en unos juegos florales”, dice su biografía. Aparentemente aspiraba también a ser músico, es decir intérprete, pues tomó lecciones de piano y, aunque las abandonó, siempre se acompañó a sí mismo al piano y fue este instrumento con que —quiere la leyenda— fue, todavía adolescente, pianista —no de concierto sino de burdeles. Su oído era perfecto, pero su ojo, imperfecto, porque “cometió lenocinio” con mujeres más o menos públicas.

Estos ejercicios, de música y de cama, lo emparentaron con algunos grandes del jazz —Louis Armstrong (apodado *Sachmo* por su enorme boca, de la que decía que sólo la abría con las comidas y las mujeres), *Fats* Waller y Jelly Roll Morton, ese Ferdinand Joseph Lemott (a quien llamaban *jelly-roll* por su excesivo miembro)— y muchas muchachas lo llamaban *El Flaco*. Aparentemente, cuando ascendió del burdel al restaurante Salambó, que hubiera hecho las delicias de Flaubert, compuso su primera canción con éxito, “Imposible”, y dijo:

Yo sé que es imposible que me quieras,
que tu amor para mí fue pasajero
y que cambias tus besos por dinero.

Esta venérea fue comprada por una disquera de entonces —y el resto es historia. O mejor, poesía y piano. Ocurrió cuando sólo tenía veintidós años, y de esa década son sus canciones, que además de componer cantaba, todas con nombres de mujer: “Rubia”, “Blanca” y, para que no lo creyeran racista, “Negra”, y además fue genérico con “Mujer”. También compuso, grabó y fueron famosas “Farolito” (que era el nombre del tugurio en que mataron al Cónsul Fermín) y “Granada”, la némesis de tantos cantantes por sus agudos escarpados y por el

do de pecho de Plácido Domingo en una de sus canciones preferidas. Comienza con lo que muchos creen que es un lamento por la muerte de Lorca:

Granada, tierra ensangrentada,

pero que se continúa en “una tarde de toros” y una “mujer que conserva el hechizo de los ojos moros”, para terminar “Granada, tu tierra está llena de ... sangre y de sol”. Lamentablemente entre los puntos suspensivos pone “lindas mujeres”.

Fue entonces que “empezó a percibir sus sensaciones creadoras en la contemplación de las vampiresas de cabaret y restaurante, viéndolas reír y llorar, gozar y sufrir”. Aparentemente “Las musas eternas (sic) inspiraron las primeras melodías y también los primeros versos de ardiente erotismo del vate veracruzano” —sea esto lo que sea. Pero, aparentemente, en “Rosa” y “Mujer” hubo “musas tangibles de por medio”. También hubo de haberlas en “Amor de mis amores”, “Aventurera”, “Cada noche un amor”, y una sirena en la arena en “El cielo, el mar y tú” y un billete de tren en “Tú volverás” y una mujer nicotínica en “Humo en los ojos” y desconfianza en “Palabras de mujer” y recuerdos de mujer mala en “Pecadora”, y para evitar que esta relación se convierta en una casa de citas no hay duda de que una belleza extraña y extraordinaria, esa belleza eterna como Roma, que también es amor, es la de María Félix hecha vals en esa tonada ubicua en que, en un ejercicio nemotécnico, dice: “Acuérdate de Acapulco / de aquella noche / María Bonita, María del alma” —para enseguida convertirla en una extraterrestre:

Acuérdate que en la playa,
con tus manitas las estrellitas
las enjuagabas.

A no ser, claro, que María Bonita estuviera lavando de arena estrellas de mar.

Lo cierto es que este es un homenaje a *La Doña* mucho más conocido que el retrato que hizo de ella, semidesnuda, Diego Rivera. En todo caso, entre feos

anda el juego de las reparaciones.

Lara debió componer sus canciones, tanto los éxitos perennes como los ocasionales fracasos olvidados, de la manera que componen todos los músicos populares que he conocido. Un ejemplo es Ignacio Piñero, el Gran Ignacio, a quien visité no una vez sino varias veces y traje a mi programa de televisión cuando estaba olvidado. En una ocasión me dijo: —¿Tú quieres ver todas mis canciones. Son como más de mil.” No me sorprendió el número sino el verbo: “ver sus canciones” y no oírlos. Se fue al interior de su modesta casa, que había construido él mismo, en que lo había conocido en el año 1958 y cuando regresó me dijo:

—Aquí están todas.

Para enseñarme una abultada libreta escolar azul y darle una palmada de afecto. ¡Era un libro de versos!

—Cuando compongo, siempre —me informó— escribo la letra primero.

Ese mismo método lo siguen compositores populares como Cole Porter, y también debió hacerlo Agustín Lara; con él, sus canciones comienzan con sus letras, y de ahí que el epíteto de poeta le viene a la medida. Sus canciones no sólo son las melodías pegajosas sino también los versos; a veces, como ocurre con muchos boleros, son rezagos de la poesía modernista. En “Cuando vuelvas”, dice: “Cuando vuelvas / arderán los pebeteros”. Pebetero es una de las palabras favoritas de Julián del Casal, el modernista habanero. O “Cuando vuelvas, nuestro huerto tendrá rosas”, que casi es Juana de Ibarbourou. O “Tus ojos se duermen en mi alma / tus labios perfuman mi ser.” “Como un abanicar de pavos reales / en el jardín azul de tu extravío / con trémulas angustias musicales / se asoma en tus pupilas el hastío.”

Lara, en su extensión de compositor de variados géneros musicales, sólo tiene comparación, en el ámbito hispano, con el puertorriqueño Rafael Hernández. En Cuba, compositores como Ignacio Piñero y Miguel Matamoros compiten con Lara. En “Ella cantaba boleros” le hice un homenaje torcido: “...era Noche de ronda y pensó, Agustín

no has inventado nada, no has compuesto nada, esta mujer te está inventando tu canción ahora; ven mañana y recógela y cópiala y ponla a tu nombre de nuevo: Noche de ronda esta naciendo esta noche, noche redonda”.

Pero en realidad “Noche de ronda” es una obra maestra de la música popular, la música a que aspiran todas las artes. Hay más, mucho más en su repertorio maestro. Agustín Lara podía componerlo todo —y todo lo compuso. —

— GUILLERMO CABRERA INFANTE

© G. Cabrera Infante 2002

CARTA DE BARCELONA

Escritores malos y memorables

No se trata de la moderna y tan manoseada mística del perdedor, sino de la mística del peor, que es bastante diferente. Gracias a la excelente película de Tim Burton, se considera a Ed Wood “el peor director de cine de toda la historia”. En junio de este año nos enteramos, coincidiendo con la final del Mundial de fútbol, de que la selección de la isla caribeña de Montserrat se confirmó como la peor del mundo, 203 y última clasificada de la lista de la FIFA, tras ser goleada por Bután, la 202 del mundo. No crean que no tiene mérito ser la peor selección. Lo mismo digo para el cine. No es sencillo ser el peor director de toda la historia del cine. A veces, entre amigos, hemos jugado a dar nombres sobre el peor escritor español contemporáneo. ¿Quién es el Ed Wood de nuestra literatura? Naturalmente, han salido muchos nombres, el lector seguro que ya ha pensado en alguno. Sí, lector. Estamos pensando en el mismo. O en aquel otro. O en aquella. La verdad es que son muchos los aspirantes a ese título.

Mientras se agolpan los nombres de candidatos a ser el peor de nuestros escritores he leído en un periódico chileno una noticia de la agencia Reuters titulada así: “El peor poeta del mundo logra inmortalidad en Escocia.” Informa la agencia que William Topaz Mc-

Gonagall, muerto en 1902, ha obtenido reconocimiento póstumo en la ciudad escocesa de Dundee, que tiene previsto conmemorar el centenario de su muerte grabando uno de sus poemas en uno de los puentes sobre el río Tay.

“Su poesía es tan mala que es memorable”, ha dicho Niall Scott, director de City of Discovery Campaign, la organización responsable del homenaje de Dundee a McGonagall. “Nadie puede superarle como el peor poeta”, ha dicho Mervyn Rolfe, miembro de la Sociedad de Agradecimiento a McGonagall, con sede en Dundee. “A él no le importaba cuántas palabras tuviera el verso, ni cuán largas fueran para obtener las rimas, y la métrica era espantosa”, indicó.

Que era malísimo como poeta era algo muy sabido por los contemporáneos de McGonagall, que hasta inventaron el *poet-baiting*, una forma de entretenimiento público en el que el poeta leía sus versos mientras la gente se mofaba con ganas, se moría de risa dándose de tanta carcajada y alegría golpetazos contra las paredes de los locales donde actuaba. McGonagall, que recitaba con falda escocesa y acompañado siempre de una gaita, fue víctima de muchas bromas y maldades, entre ellas una carta del “Rey Theebaw de Birmania” que le concedía el título de Caballero del Elefante Blanco, que él utilizó toda su vida. Tal vez el momento estelar de su carrera poética tuvo lugar cuando hizo a pie el largo trayecto que separa Dundee de la residencia de la reina Victoria en el castillo de Balmoral, en el norte de Escocia. Convencido de que al Caballero del Elefante Blanco la reina lo iba nombrar Caballero del Imperio Británico, se quedó helado cuando en las puertas de palacio no sólo le prohibieron tajantemente que diera un solo paso más sino que le dieron una patada en el culo, haciéndole rodar por la hierba. Enfadado y confundido, McGonagall viajó entonces a Estados Unidos, donde no pudo vender un solo poema. Uno de ellos, escrito en Wall Street, es muy célebre entre sus admiradores, muy famoso entre todos cuantos le han convertido en una figura de culto. Es

ese que empieza así: “En Nueva York comí salchichas de *pork* ...”

En Nueva York tuvo que pedirle prestado a un oriundo de Dundee dinero para regresar a Escocia, donde ahora se acuerdan de él y de su pésimo talento literario y van a grabar en piedra algunos de sus horripilantes versos. “Se trata”, ha dicho el alcalde de Dundee, “de rendir homenaje a un hombre que dedicó su vida al arte de la poesía horrible.”

Este año 2002, McGonagall es a Dundee lo que Gaudí a Barcelona.

“Es el reverso de Rimbaud, aunque su trayectoria fue la misma, pues como autor llevó al límite más extremo su poesía, hasta el punto de que llegó un día en el que ya no podía ir en ninguna otra dirección poética, en el caso de McGonagall ya no podía empeorar más”, ha dicho muy orgullosa una sobrina-nieta de McGonagall.

Reímos. Pensamos que es un caso extravagante y posiblemente único, creemos que sólo en Dundee son capaces de la excentricidad de encumbrar a un poeta malísimo que encima —porque ahí viene tal vez lo más sorprendente— nació en Dundee, sino que era de Edimburgo, donde siguen sin apreciarlo ni quererlo. Pensamos que se trata de un caso más bien peculiar ese homenaje de Dundee al señor de la poesía de las salchichas de *pork*. Pero no es así. Si lo pensamos bien, veremos que, sin ir más lejos, en España continuamente estamos grabando en piedra, dándoles premios nacionales o rindiéndoles grandes homenajes a escritores malísimos. En España es una práctica habitual ese continuo rendir culto y homenaje a ineptos, jaleados por la televisión, la crítica y la Academia. Pero estamos tan acostumbrados a ello que lo encontramos normal y ni siquiera nos reímos ni nos extraña. Aplaudir o buscar la firma de nuestros más pésimos escritores es una arraigada costumbre nacional. Y es que, como decía Oscar Wilde, nuestro público lector tiene una insaciable curiosidad por conocerlo todo, excepto aquello que verdaderamente merece la pena. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

SEXUALIDAD

Ángeles y demonios

A mediados de los setenta, solíamos imaginar un futuro en el que nuestros remotos hijos serían educados en instituciones abiertas al estilo Summerhill, la escuela libertaria radical concebida por A. S. Neill a principios del siglo XX, donde podrían hacer, básicamente, todo lo que quisieran, mientras se convertían de manera natural y casi sin esfuerzo en sublimes artistas, matemáticos y genios. Llegada la adolescencia, por supuesto, lo que iban a querer hacer era dar rienda suelta a sus instintos sexuales, lo cual nosotros, sus padres progresistas, aprobaríamos con mirada condescendiente, libres de los prejuicios y las gazmoñerías que nos impedían hacer lo propio en ese momento.

Si aquello acabaría por cumplirse para México, con mayor razón sucedería en Estados Unidos, país que nos ha proveído durante décadas de los modelos de vida cotidiana en función de los cuales se han venido relajando nuestras costumbres. Veinticinco años más tarde, sin embargo, la inimaginable realidad es que la mayoría de los niños de este país asisten a escuelas (públicas o privadas, seculares o religiosas) en donde está prohibido tocarse; rodeados por un clima tal de paranoia que se considera aceptable que un niño de ocho años que le toca el trasero a su compañerita sea acusado de acoso sexual y fichado por la policía; donde los padres pueden perder la custodia de sus hijos por haber cometido el crimen de bañarse con ellos, y donde se insiste desde todos los bandos en que el ámbito óptimo (o, mejor aún, el único legítimo) para el ejercicio de la sexualidad humana es el matrimonio heterosexual, bendecido, de preferencia, por el ministro de alguna religión respetable.

Sólo en un contexto así puede entenderse que un libro que contiene casi exclusivamente propuestas de sentido común sea sometido a una campaña

tan violenta de desprestigio (Judith Levine, *Harmful to Minors / The Perils of Protecting Children from Sex*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2002, 335 pp.). Después de años de andar dando tumbos por diversas editoriales comerciales que se negaban a publicarlo por temor a las represalias de los grupos conservadores, el manuscrito de Judith Levine fue aceptado para publicación por la editorial de la Universidad de Minnesota, cuyo director, a sabiendas de lo que le esperaba, se cubrió por adelantado pidiendo cinco dictámenes en lugar de los tres de costumbre. Siguiendo un guión ya bien establecido, los ataques comenzaron desde antes de que el libro saliera a la venta al público y se centraron en una lectura distorsionada de unas cuantas páginas; estaban orquestados por un par de asociaciones ultraconservadoras con claras conexiones políticas y tenían por voceros a una serie de francotiradores incondicionales que, naturalmente, nunca se molestaron en leer el libro. Así, casi trescientas páginas de argumentos diversos quedaron prontamente reducidas a un panfleto que “promueve la pedofilia”.

En realidad, la parte sustancial del libro, y sin duda la más valiosa, analiza los diversos factores que se han ido entrelazando para crear el clima de persecución en el que este tipo de ataques —y el terror que generan por adelantado en sus potenciales víctimas— se han convertido en norma. Y lo peor del caso es que se trata de un oscurantismo plenamente *democrático*. En un país donde la libertad de expresión está consagrada por las leyes, no se puede evitar que cada quien escriba lo que quiera, pero sí se puede boicotear la editorial que lo publica, o retirar los fondos de la institución académica que lo acoge, o destruir la carrera política del funcionario que se atreve a defenderlo. Este tipo de acciones no podrían llevarse a cabo si no contaran con un respaldo social significativo. No se trata, entonces, de una camarilla que impone sus prejuicios de manera autoritaria al resto de la sociedad, sino de una

camarilla que ha logrado convertir su discurso fundamentalista en la mentalidad prevaleciente. ¿Cómo fue que las cosas resultaron así? No hay respuesta que quepa en un párrafo, pero pueden señalarse algunos factores decisivos: el contraflujo natural ante la liberación sexual de los años sesenta; el desarrollo de un pensamiento radicalmente anti-sexo de una vertiente importante del feminismo; el repentino “destape” a principio de los ochenta de una “epidemia” de pedofilia (a partir de una serie de casos espectaculares que a la postre resultaron ser acusaciones vacías); el aumento en los índices de madres solteras (sobre todo entre la población negra); el exitoso reagrupamiento de la derecha política detrás de una plataforma moralista, y, acaso lo más importante de todo, la aparición del sida.

El predominio actual de la mentalidad conservadora resulta impensable sin el advenimiento de esta enfermedad, que transformó de un día para otro lo que hasta entonces era un riesgo moral en un peligro mortal. A causa del sida, el sexo ha vuelto a ocupar un lugar preponderante entre los factores susceptibles de arruinar la vida de cualquiera (y sobre todo, claro, la de los jóvenes), incluyendo la muy tangible posibilidad de acabar con ella. Por eso los esfuerzos de los grupos conservadores se concentran siempre en atacar los programas que contribuyan a reducir las consecuencias indeseables de una vida sexual activa: anticoncepción, aborto, uso de condones, salud reproductiva, o, simple y llanamente, la educación sexual de cualquier tipo que no se reduzca a la prédica machacona (aunque demostradamente inútil) de la abstinencia. Para ello han puesto particular énfasis en infantilizar a la juventud y en desexualizar por completo a la infancia. Y no cabe duda de que han logrado extender una visión según la cual los “niños” (que para el caso son todos los menores de dieciocho años) no tienen por qué sentir impulsos sexuales de ningún tipo y deben, por lo tanto, ser protegidos del mar de “depredadores” que están empeñados en pervertirlos.

Cualquier opinión que se aparte de este dogma contribuye a promover, o cuando menos avala, conductas que constituyen un crimen. Con eso se justifica la imposición de un modelo educativo basado en la ignorancia y la intromisión cada vez más agresiva de las autoridades en el ámbito de la vida privada.

La primera parte del libro de Judith Levine pinta con elocuencia este panorama desolador, que se confirma, lamentablemente, a la vista de los argumentos cavernícolas que se han empleado para combatirlo. La segunda parte, en cambio, deja de lado el tono analítico y se ocupa de puntualizar una serie de propuestas concretas para recuperar la posibilidad de una vida sexual sana, segura y plena, aun en los amargos tiempos del sida. Resulta encantador reparar en esas páginas los principales elementos del canon liberal a la antigüita, basado en la idea de que la naturaleza humana y sus impulsos son básicamente positivos, en que la comunidad y la cultura pueden ser capaces de encauzar para bien sus aspectos menos benignos, en que la confianza y la libertad deben ser los puntales de una educación efectiva, en que el conocimiento y la inteligencia resultan preferibles a la superstición y la ignorancia, en que los avances de la ciencia y la tecnología deben emplearse para contribuir al bienestar de la gente en este mundo, muy aparte de los cielos o de los infiernos que puedan estarnos esperando en otros.

Nada de esto es nuevo, sin duda, y nadie discute que como modelo de felicidad puede ser tan ingenuo o idealista como el que proponen sus detractores en el extremo opuesto del espectro político. La diferencia radica en que una visión se basa en la idea de informar y permitir, mientras que la otra se sustenta en los principios de ocultar y prohibir. No se trata de cuestionar el derecho de cierta gente a preferir los rigores del “espíritu” a los delirios de la carne, sino de limitar su capacidad para imponer esa visión de la vida como la única posible para todos. —

— HÉCTOR TOLEDANO

FIESTAS PATRIAS

15 de septiembre: El momento de gritar

Durante años creí en la fantasía colectiva de que existía alguna plaza de la ciudad de México que no estuviera llena de cientos de miles de comedores de elotes el día del Grito de Independencia:

—No, Coyoacán se pone imposible, pero nadie va a Tláhuac —nos aseguraba Max, la Voz de la Estadística.

Y ahí íbamos a Tláhuac y terminábamos en una batalla sorda a codazos y pisotones, donde dos mil patriotas luchaban tenazmente por pasar en sentido contrario al de otros dos mil compatriotas. De mal humor, por no encontrar satisfacción alguna en que te soplen una corneta en el tímpano cada tres minutos, o en que un adulto jugador te ponga un champú de huevo con harina en plena cara, siempre concluíamos:

—Basta de patriotismo. Nunca más volveremos a un Grito. De tan apretados que estábamos, casi sodomizo al globero.

Pero nunca cumplíamos. Al siguiente año queríamos creer en la voz del Censo Poblacional:

—No, a Magdalena Contreras no van ni veinte personas. Y el delegado político no enlista a los héroes que nos dieron patria, sólo agradece a su esposa e hijos el apoyo decidido que le han dado en su gestión y canta con el mariachi el himno a la CNOP.

Y, previsiblemente, cuando llegábamos, la plaza de Contreras parecía una escuela china, el delegado daba los nombres de su esposa e hijos mezclados en la lista de los héroes patrios: “Viva el Cura Hidalgo, viva Allende, viva Aldama, viva Bertita, viva Guerrero, viva Coquito, vivan Morelos y Paty”, y la pesadilla volvía en forma de sobrepoblación con matracas, el delegado desentonando a capella, y experiencias límite:

—Traté de sacar un cigarro de la bolsa del pantalón y me temo que le practiqué un tacto de próstata al de adelante.

¿O es una señora?

Después de tantos años persiguiendo el Grito idóneo, no desentraño aún el misterio de por qué la gente va. Lo más obvio sería que lo hacen para refrescarse unos a los otros la historia patria. Pero nunca resulta. Hace un par de años, estoy apresado entre dos esposos. Siento que la señora, a mi izquierda, mueve sus labios muy cerca de mis párpados para preguntarle a su marido, ubicado a mi derecha, su bigote traspasando mi abrigo:

—Oyes gordo. ¿Y ése quién será? —pregunta la señora señalando la cara iluminada de Morelos, quien, por impericias de los iluminadores, tiene más parecido con Richard Nixon.

—Es Benito Juárez —responde el esposo, con tanto dominio sobre la historia nacional que hasta se permite un resoplido de hastío.

Tan cerca de la pareja, me permito una rectificación erudita:

—Es el Siervo de la Nación.

—Ah —se sorprende la señora—, oyes, gordo, que dice el joven que es el Siervo de la Canción.

—Pues no se parece nada a Pedro Vargas —protesta el marido duplicando la entropía del universo.

La otra opción es que el Grito cumpla una función propagandística, cuyo mensaje vaya de las autoridades serenas hasta los ciudadanos bañados en harina. Pero, ¿qué legitimación puede haber en exhibir, frente a millones, que el Presidente de la República no puede hacer ondear la bandera ni hacer repicar la campana al mismo tiempo? ¿Qué utilidad política puede contener la posibilidad de que la esposa del señor presidente municipal se caiga de ebria por el barandal del balcón principal? ¿Y de qué sirve que los ciudadanos confirmen que los hijos del gobernador también tienen la mirada opaca de la oligofrenia hereditaria?

La última opción es que se haga para refundar, cada 15 de septiembre, el milagro del patriotismo: el preciso instante en que un huevo relleno de harina coincide con una cabeza y, ambos, terminan en una mesa de operaciones. Aunque imperfectos, en los Gritos hay

expresiones conmovedoras del compromiso nacional. Por ejemplo, el irrenunciable momento en que la gente quiere cantar el Himno Nacional al unísono y se alcanza a escuchar un leve destiempo: “y retiembla en su suelo profanar con sus plantas tu hijo te dio”. O el de la señora que se echó tanto hacia atrás, para escaparse de un cohete descendente, que terminó desbarrancada.

De hecho, fueron esos signos de patriotismo los que me alejaron del Grito. Dejé de asistir desde la noche en que el lado oeste de La Plaza fue atacado a olotazos por el ala norte. Resistimos como pudimos —escondiéndonos detrás de la estatua del Cura Hidalgo, cuya levita ya portaba un grafiti casi tan fallido como anacrónico: “Viva Rod Stewart” —y algunos regresaron a casa como si se hubieran revolcado en esquites. Al día siguiente de la celebración patria, me sonó la nariz y de su trama profunda surgió el símbolo inequívoco del material de que está hecha la Patria: un grano de maíz con mayonesa. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

ECONOMÍA

Dos lecturas del tarot

En los últimos meses, el análisis del mundo empresarial estadounidense semeja una segunda lectura del tarot en la que se descubre que todas las cartas fueron mal interpretadas la primera vez, para vergüenza del adivinador y lamento del consultante. Lo que se leía como prosperidad y felicidad sin límites resultó ser un augurio de tragedias, bancarrotas y escándalos.

Parecía muy sencillo leer las cartas: el futuro les pertenecía a las empresas que entendían el mantra de la “nueva economía” y, entre éstas, las favoritas eran las que prometían recompensas que en otro tiempo habrían sido inimaginables. No sólo había que vender el futuro, era necesario vender la mejor versión del futuro. En la lectura optimista de este tarot, la ecuación era sencilla: mientras más atrevido, mejor. Después de todo, era la forma estadou-

Voces

de la democracia

Un programa
radiofónico-televisivo
del
Instituto Federal Electoral

Radio
Escúchelo en vivo
los miércoles de
10:30 a 11:30 hrs.

por Radio UNAM, en
860 de AM

Televisión

◆ Véalo diferido en
Canal del Congreso los lunes y
viernes de 10:00 a 11:00 am.

(sujeto a cambios)

◆ Canal 13 de EDUSAT
los lunes de 17:00 a 18:00 hrs.

Consulte la programación en

www.ife.org.mx

Comentarios y sugerencias en

Vocesdelademocracia@ife.org.mx

nidense de hacer negocios.

No es la primera vez que se rompe una burbuja, y probablemente no será la última. Empero, ahora las cartas se leen en forma completamente distinta, y es inevitable que paguen justos por pecadores. El sueño de Ken Lay de convertir Enron en la mayor compañía de energía del mundo, o el de Bernie Ebbers de hacer de WorldCom el principal proveedor de telecomunicaciones a nivel mundial, ya no parecen estrategias geniales sino meros delirios megalomaniacos, sustentados en maniobras en los límites de la ley, y, en ocasiones, simplemente ilegales. No sirve de nada recordar que los medios y decenas de analistas alabaron su ingenio y su atrevimiento: estos héroes de la nueva economía fueron rebasados por la vieja, y las multitudes de inversionistas defraudados se aglomeran pidiendo sus cabezas.

La carta del loco, que antes representaba la energía de miles de pequeños inversionistas que esperaba, en la jerga del Partido Republicano, ser encauzada, ahora representa la parálisis de los que no se atreven a volver a poner su dinero en la bolsa. *The Economist* observa, agudamente, que muchos suspendieron voluntariamente el escepticismo con el que se deben cuidar las inversiones, alentados por la promesa del dinero fácil. Sin embargo, es muy difícil saber cuándo lo están engañando a uno, sobre todo si el engaño se presenta en la forma de un estado financiero que supuestamente cumple con la ley. En el caso concreto de Enron, WorldCom y Adelphia, los accionistas no se engañaron a sí mismos: fueron víctimas de un fraude.

Esto lleva a la carta de la justicia, que representaba la confianza de los inversionistas en un gobierno siempre vigilante, capaz de hacer cumplir la ley, pero que ahora parece incompetente y, en algunas versiones, corrupto. Es posible que el gobierno estadounidense no haya tenido la capacidad de vigilar todas las transacciones del mercado, poblado por miles de pequeños inversionistas, además de empresas y estrategias que cambiaban de la noche a la mañana. Es posible también que, por un sesgo ideo-

lógico, haya dejado que las empresas actuaran con un margen de libertad inaudito. Al final del día, el hecho es que el gobierno no pudo evitar que, en el afán de embellecer los informes de ingresos, para aumentar el precio de las acciones, muchas compañías hicieran desaparecer sus deudas y gastos en el aire.

Si antaño todas estas cartas estaban hacia arriba, augurando un futuro prodigioso, ahora están de cabeza y presagian solamente desgracias. Puede que sea temprano para afirmar que los escándalos corporativos lo hayan cambiado todo, pero no hay duda de que las nuevas revelaciones han afectado profundamente la idea que la sociedad estadounidense tenía de sí misma, como predijo Paul Krugman en el *New York Times* después del colapso de Enron.

Estos fraudes constituyen un ataque directo —y potencialmente fatal para muchas aspiraciones políticas— a los principios morales que le son tan dilectos a la sociedad estadounidense. El presidente que llegó al poder abandonado por la moral cristiana y la consigna de “limpiar Washington” tiene que reconocer que las reglas “no siempre están en blanco y negro”, que se benefició financieramente de esta ambigüedad y que sus victorias en la guerra contra el terrorismo no lo pueden proteger de las críticas. Junto con él van muchos otros políticos y celebridades, y no debe sorprender a nadie que todo mundo trate de poner su mejor cara para escapar al desastre —de preferencia, antes de las elecciones de noviembre.

Mientras escribo esto, la cacería ya comenzó: el gobierno estadounidense mostró en televisión nacional a ex ejecutivos de Adelphia y WorldCom esposados y en camino a los tribunales, mientras que el Congreso ha aprobado nuevas reglas que supuestamente harán más “transparente” el mercado. No hay forma de saber si tendrán éxito o si, cuando menos, son sinceros, pero sí me queda en claro que esta vez no recurriremos al viejo tarot optimista para averiguarlo. El escepticismo ha vuelto, aunque quién sabe por cuánto tiempo. —

— JAIME LÓPEZ-ARANDA TREWARTHA